



El Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, invitó al grupo artístico peruano denominado A. A. A., a visitar España. En la foto, los componentes de la Asociación a su llegada al puerto de Santander.



Las bellas señoritas Lili Desmaison, Niní Pro, América Torres, Doris de la Puente y Clara García Urrutia...



posean por las calles de la ciudad de Barcelona contemplando la belleza de sus parques y la grandeza de su arquitectura.



He aquí a los componentes del A. A. A. ataviados con sus trajes típicos, momentos antes de comenzar una de sus brillantes actuaciones que tanto éxito han tenido en los escenarios de España.



El embajador del Perú, Excmo. Sr. D. Raúl Porras Barrenechea, acompaña a la señorita Teresa Bolívar, una de las principales figuras del A. A. A.

L A A . A . A .

Lo que observamos en la órbita del juego y del deporte.

UNO de los temas más delicados, espinosos y difíciles en la órbita del espectáculo y concretamente del género teatral es la distinción entre «profesionales» y «aficionados», no sólo por lo que concierne al resultado de la obra que se pretenda realizar, sino también por lo que pudéramos llamar estimación y calificación psicológica de los artistas. En la dimensión del juego y del deporte todo el mundo sabe lo que ha acaecido desde que el interés de las grandes muchedumbres exigió, por un lado, la entrega total de los componentes de los equipos a la tarea de los torneos y, por otro lado, dejó fuera de ellos a los deportistas de afición que alternaban los ejercicios con el cumplimiento de otras profesiones o misiones. Así encontramos en la mayoría de los países unos «deportistas exclusivos» que han hecho del oficio centro absorbente y total de todas sus actividades, y que dedican sus energías y su vida al cultivo del músculo, a los entrenamientos, a los partidos, a los campeonatos... Miles de espectadores acuden a los gigantes estadios para asistir a las pruebas sensacionales, a los apasionantes encuentros. Se ha logrado con esa perfección del tipo atlético la máxima espectacularidad. Pero, sin querer, en medio del placer que pueden producir esos juegos entre profesionales, no podemos reprimir un extraño escalofrío de malestar al pensar en el «factor hombre», en aquel ser generalmente numerado con una gran cifra sobre el pecho o la espalda, que se convierte un poco en ficha o peón casi mecánico y que sólo se salvará del peligro de la «standardización» si sabe ahorrar tiempo o retirarse oportunamente del palenque deportivo para evitar una especie de hipertrofia física que no es, indudablemente, el signo de un desenvolvimiento espiritual y cultural.

En el teatro sucede a veces algo semejante. El histrion, el farandulero que cultiva su arte sin intermitencia—continuidad sin tregua ni pausa a la que en ocasiones está obligado por motivos económicos, por la dura ley, necesidad y razón de ganarse la vida—pierde fácilmente el pie de la realidad. Reiteradamente, en nuestros cinco lustros de trabajo literario y periodístico, y muy especialmente como cronistas de la escena, hemos oído a muchos comediantes lamentarse de este duro aspecto de su quehacer que, entre ensayos, estrenos y representaciones, va consumiendo la llama de «su otra personalidad», el contacto de una cotidianidad que nada tiene que ver con el tablado y que les entrega a las ciegas fuerzas de la adivinación y de la intuición, sin que cuenten apenas en su arte la observación y el estudio.

Una antinomia que se resuelve en Lima.

Pero, por otra parte, decir «aficionado» refiriéndose al teatro suele significar una débil, frívola y esporádica vocación, algo simplemente mimético y provisional, cosa de pasatiempo y entretenimiento, poco o nada serio. Una «función de aficionados» sugiere en nosotros la idea de una organización transitoria, de un festejo benéfico donde un grupo de hombres y mujeres de buena fe juegan a representar un espectáculo, generalmente, con mejor voluntad que acierto.

Ha sido en el Perú y concretamente en esa ciudad de Lima que suma a la gracia antigua de lo hispánico la autoctonía y el temblor del renacer de los jóvenes países libres e independientes de América, con el legítimo orgullo de las razas cultas y antiguas, donde esa aparente antinomia entre «profesión» y «afición» se ha resuelto de un modo bello y fecundo, aplicada al Arte en general y al teatro en particular, vivificada por el soplo poderoso de la vocación que pudéramos calificar como «misional».

Tres escaleras ambiciosas

La A. A. A.—con sigla atrayente, con expresivo y elocuente anagrama que, al encabezarse con la primera y triplicada letra del alfabeto, parece hincar tres escaleras noblemente ambiciosas o manejar tres compases de geométrico rigor—es nada más y nada menos que la «Asociación de Artistas Aficionados», del Perú. Nació hace diez años en una mansión colonial limeña, cuya arquitectura exterior e interior—zaguanes, corredores, sala de actuaciones, aulas y tribunas de conferencias—se acopla exactamente a la

finalidad para la que la institución fué creada, y combina en sus líneas, en sus intercolumnios y en sus arcos, en sus masas y en sus volúmenes, la esbeltez y la elegancia, la tradición y la modernidad, lo virreinal y lo incaico con la inspiración que soñaron para su plástica escenográfica un Reinhardt, un Meyerhold, un Bragaglia, la perspectiva audaz, la blancura de la cal cegadora, la armonía y la sencillez limpia. Gente joven, de extracción intelectual, universitarios, hombres y mujeres de profesiones liberales, seguidores y amigos del arte se propusieron e impusieron la tarea de divulgar la cultura en su país natal. Organizaron primero conciertos y conferencias, y después ciclos de representaciones teatrales clásicas y actuales que ampliaron al aire libre o escenarios naturales, reviviendo costumbres de tiempos pretéritos y para hallar también el contacto con las masas populares sobre las que injuir con la magia estética de la poesía y de la elocuencia. A esto siguió la fundación del teatro infantil, orientado con las mejores directrices pedagógicas, no sólo para distraer a los niños, sino también para educar su imaginación y su fantasía, enseñándoles a amar todo lo que la escena tiene de lírico y de aleccionador.

La Academia de Arte Dramático y la de Danza.

Al propio tiempo, la A. A. A., por medio de sus más descollantes miembros, difundió en las ondas de la radio, doctrinal y ejemplarizadamente, las creaciones más famosas de la literatura universal y adaptó a los «estudios» las piezas príceres de la dramaturgia. No contenta con eso inauguró la Academia de Arte Dramático, dirigida por personalidades de tanto relieve como solvencia. Y la Academia de Danza con orientaciones coreográficas clásicas y nacionales. Y los cursos de música. Y las exposiciones de artes plásticas... Desde junio de 1938, la Asociación, impulsada por un afán de superación constante, no ha cesado ni un solo día de ampliar su campo de acción, que llega incluso a la filmación de películas de sabor peruano, como «La Lunareja», ya gozosamente realizada. Y en la actualidad, la Escuela Libre de Cultura Artística pretende ensanchar su radio al establecimiento de varios cursos superiores de Historia Estética y Literatura para que, quienes lo deseen, puedan adquirir nuevos conocimientos en las respectivas especialidades. Las actrices y los actores que compusieron los cuadros de la Asociación se sometieron desinteresada y voluntariamente a una disciplina rigurosa de estudio y de ensayo. Eligieron para su labor experimental dramas clásicos, autos sacramentales, entremeses y comedias modernas. Y en la sala de actuaciones de Lima resonaron los versos de Juan de Avila, sencillos y transparentes como las aguas del más puro río de la lírica; y los conceptos cultos y las metáforas relampagueantes de Calderón de la Barca; y las escenas de Historia, hechas vida escénica, de Guillén de Castro, y la picardía impar de los entremeses cervantinos o las sátiras ingeniosas de las farsas de Molière.

Otras noches, alternando nombres de autores contemporáneos españoles y extranjeros con los de escritores de raíz nacional, se dieron a conocer las ardientes paradojas de Bernard Shaw, las sutilezas costumbristas y simbólicas de Benavente, los versos recamados de sal gaditana de Pemán, el romanceado e iluminado temblor dramático de García Lorca, con las obras de Espinosa Saldaña y Palma, Vildrac, Peña Barrenechea, Roca Rey, Solá Franco...

Los atrios y los pórticos de las iglesias parecían estar esperando desde hacia siglos la resurrección de los autos sacramentales bajo las ardorosas constelaciones de la Cruz del Sur, en los novilunios limeños, perfumados con la fragancia de los azahares que plantó por primera vez la mano rugosa pero firme de Francisco Pizarro en el huerto de su palacio. Y la Asociación congrega al senado popular para que se extaste en la noche clara con las representaciones de «El viaje del alma», de Lope de Vega, o de «Santa Rosa de Perú», de Agustín Moreto.

El «ballet» peruano y la salutación de España.

¿Cómo poner en práctica la suprema expresión estética del «ballet»?... Kaye Mac Kinnon montó el

La Asociación Artística de Aficionados del Perú visitó España

primero y señala la ruta a seguir con motivos de costa de sierra y de montaña, con la indumentaria colorista típica en todas sus más ricas variantes, con acento genuino. La música de este primer «ballet» es de Luis Pacheco de Céspedes. Y luego, al establecerse la citada Academia de Danza, que dirige el profesor Dimitri Rostoff, en varios casos con la colaboración musical del compositor Andrés Sas, toman cuerpo las figuras y los cuadros deliciosos, los pasos, los cambios, las mudanzas de «Astoria una limeña en el 800», el perfume de siglo y medio cuya fragancia no se ha evaporado; «Mottin de tapadas», la historia redituiva, «La Patrona del pueblo», esplendorosa de festiva policromía; «Las seis edades de la Conchita», gracia, ternura, garbo supremo; «Las orejas del Alcalde», «Estampa costeña», «El Montonero» o «El Tondero», que son como

La señorita Julia Laos y Jorge Moya durante una escena del espectáculo.



La señorita Doris de la Puente interpreta una danza popular peruana.



radiografías espirituales del inmortal Perú, aprehendido en sus rasgos más puros, vivos y directos, en su entraña más popular y exquisitamente folklórica. Invitada por el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, una delegación artística de la A. A. A. visita España y da a conocer en sus tribunas y escenarios algunos aspectos de esa labor que hemos dejado someramente reseñada. Y José María Pemán le saluda así: «El Perú, mimo de España un día, precisamente por lo que tiene de alejado, de extremo, de «Finis terræ», propio para excitar el entusiasmo de un pueblo que quería siempre «ir más allá», conserva unas impalpables esencias virreinales en todo su ser, un grave paso y andura de Corte. Por eso hay en ella una escondida tradición de teatro: que teatro y Corte son términos que anduvieron, como dos figuras de vida, en buena liga y hermandad. Es al hilo de esa tradición, para servirla en estos días de difícil satisfacción material y de esa vocación auténtica, para la que nació esta Asociación de Artistas Aficionados, hija del fervor, de la constancia, de la disciplina, de todos esos ascetismos que tienen en Arte, lo mismo para la producción individual que para la empresa colectiva, la máxima eficacia creadora. Estos artistas peruanos han devuelto a su limpia pureza etimológica el calificativo de «aficionados» de que blasonan, purgándolo de toda blandura facilitoria o indisciplinada, y reintegrándolo al primer rigor de su significado, que tan cerca anda, en su raíz, del afecto, del amor: de la pasión más insaciable en sus exigencias». El público y la crítica de Madrid y de toda España contemplaron con emoción, con cariño y con entusiasmo las actuaciones de esta delegación de la A. A. A. Para sus delicados y exquisitos «ballets», que nos entreabren el misterio de su literatura, de su arte, de sus místicas, de sus canciones y de sus danzas, de su mejor tradición estética y cultural, tuvo merecidos y encendidos elogios. Estos aficionados, cuyo amor y solvencia envidiarían muchos profesio-

nales, se vieron justamente envueltos por la cálida oleada de los aplausos y de las alabanzas con intención de floridos madrigales.

Un «Cóndor de la Historia».

El presidente de la A. A. A. es Alejandro Miró Quesada—fino y agudo de perfil y de espíritu, la palabra justa, el ademán gentil—; ha sabido unir su vocación universitaria con el ejercicio del periodismo, cuyo abolengo heredó de tres generaciones. En la actualidad es copropietario de «El Comercio», de Lima. Entre sus grandes reportajes de tipo histórico y cultural se halla el de la hazaña auténtica que supuso localizar exactamente la ruta de Pizarro a la luz de la más escrupulosa documentación histórica, y valiéndose para ello de la observación aérea. Más de cuatrocientos años después de que las huestes del capitán extremeño atravesaran la cordillera de los Andes, Miró Quesada, desde la atalaya volante y motorizada de su avión, supo rastrear sus huellas y puede ostentar por ello legítimamente el título de «Cóndor de la Historia».

Con Miró Quesada, treinta y tres miembros de la Asociación, que cultivan las más diversas manifestaciones artísticas—la organización de exposiciones, las disertaciones culturales, la música, el teatro, la danza—explicaron en España prácticamente en qué consiste la labor creadora y divulgadora de los aficionados del Perú. Es el triunfo del espíritu, del estudio, del amor y del trabajo. Pero también de la mayor y más loable de las generosidades. Creemos que está suficientemente justificado el adjetivo de «misional» con el que hemos querido bautizar su vocación, su tarea, timbre de honor y de orgullo para su país y para el mundo hispánico.

A L F R E D O M A R Q U E R I E